

BÁSICO

X.M. NÚÑEZ SEIXAS

OURENSE, 1966. HISTORIADOR.

Doctor en Historia Contemporánea por el IUE (Florencia) y catedrático de la misma materia en la Universidad de Santiago de Compostela; entre 2012 y 2017, también lo fue de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Su trabajo se centra en la historia comparada de los movimientos nacionalistas y las identidades nacionales y regionales. En 2019, ganó el Premio Nacional de Ensayo por *Suspiros de España*.

to al “ruso” como al régimen de Putin, viéndolo como una reencarnación de Hitler y de la invasión alemana de 1941.

—¿Tiene esta invasión los elementos para derivar en una Tercera Guerra?

—En principio diría que no, que la situación es distinta. Pero solo en principio. Como ha mostrado, por ejemplo, Christopher Clark en *Los sonámbulos*, tampoco las élites políticas y diplomáticas europeas creían en agosto de 1914 que estallaría una guerra, y jugaron una arriesgada partida de póker diplomático movida por intereses cortoplacistas, que derivó en un enfrentamiento que cambió el mundo, la visión de la guerra, la sociedad y la economía, además de la cultura. Tampoco Hitler pensaba que la invasión de Polonia en 1939 desencadenaría una guerra mundial, y creía que Francia y Gran Bretaña retrocederían. Mucho depende aquí de cuáles son los auténticos objetivos de Putin y su régimen, que en parte ignoramos. Si “solo” quiere humillar a Occidente, o si quiere ir más allá. No veo a los tanques rusos cruzando los Pirineos, pero en el pasado tampoco esperaba nadie ver a los tanques alemanes en el Cáucaso.

—Con la invasión a Ucrania, ¿comienza a configurarse de nuevo un mundo bipolar?

—Bipolar no será. En todo caso tripolar, pues China es la auténtica gran potencia, que de momento se está poniendo “de perfil” en el conflicto, actuando de salvavidas de Putin, aunque no contemplará con buenos ojos una escalada nuclear. Un mundo tripolar en el que Europa estará aún más debilitada y en el que las potencias emergentes que hace unos años parecía que tendrían más que decir en el tablero estratégico mundial, como la India o Brasil, no acaban de despegar. En todo caso, sí es cosa del pasado la hegemonía norteamericana matizada por una multipolaridad regional.

—Decía que el programa de Putin es la reconstrucción de la Rusia Imperial: ¿qué implicancias en el futuro cercano tiene esa ambición?

—El escenario que me parece más plausible es el de una semiocupación de Ucrania, forzando al Gobierno de Zelensky a claudicar, sustituyéndolo por un presidente pro-ruso y tutelado desde Moscú, en la que Rusia se quedaría con Donbass y Crimea, como mínimo. La cuestión es si se pararía ahí, o si intentaría hacer algo parecido con los países bálticos, miembros de la UE y la OTAN. Y las sanciones económicas castigarán la economía rusa, pero también tienen consecuencias sobre las europeas. Significativo es, no obstante, que Rusia siga suministrando gas y petróleo, productos no afectados hasta ahora por las sanciones. A medio y largo plazo, parece que nos enfrentaremos a una nueva posguerra fría. Es un retroceso al mundo de hace cincuenta años.

EE UU. El 62% de la gente cree que Trump hubiera evitado la invasión a Ucrania y el autor analiza aquí esa opinión y el accionar mundial del imperio del norte.

La ira de Trump y la edad de Biden

POR IAN BURUMA



El expresidente Donald Trump escucha al ruso Vladimir Putin durante la cumbre del G7 en Alemania, en junio de 2017

El mundo puede estar agradecido de que Donald Trump ya no sea presidente de Estados Unidos. Mientras ocupó el cargo, Trump envidió al presidente ruso Vladimir Putin por su autoritarismo brutal, e infamemente aceptó el consejo del hombre fuerte del Kremlin de entrometerse en las elecciones. Y, después de describir las tácticas de Putin frente a Ucrania como “geniales” apenas horas después de que Rusia lanzara una invasión masiva contra ese país, Trump tuvo la desfachatez de afirmar que el ataque no hubiera ocurrido durante su mandato.

Cuando Putin puso a las fuerzas nucleares rusas en alerta, el presidente estadounidense Joe Biden reaccionó con la necesaria calma de un experto. Mejor ni pensar en lo que podría haber hecho Trump precipitadamente.

Después de que Trump debilitó a los aliados estadounidenses en Europa y el este asiático durante su presidencia, Biden logró con gran paciencia y tacto recuperar la unidad entre ellos. Incluso Alemania, que finalmente aumentó su presupuesto para la defensa, hizo lo que muchos gobiernos estadounidenses, incluido el de Trump, trataron de conseguir: asumió ahora un papel significativo en el apoyo a Ucrania (aunque esto tal vez refleje más las acciones de Putin que un logro de Biden).

Pero, según una reciente encuesta de opinión, el 62 % de los estadounidenses cree que Rusia no hubiera invadido Ucrania con Trump en la Casa Blanca, y el 59 % piensa que el ataque ruso se debió a la debilidad de Biden. Según otra encuesta de Fox News, realizada antes de la invasión, mientras que el 81 % de los republicanos tienen una opinión negativa sobre Putin, al 92 % no les gusta Biden.

Aunque las encuestas de opinión no siempre son confiables, estos sorprendentes números requieren una explicación. En términos de la política exterior (algo que no interesa a la mayoría de los estadounidenses), Biden no puede ganar. Muchos lo ven como un debilucho apaci-

guador que abandonó a Afganistán, mi- ma a los europeos y muestra debilidad frente a Rusia, o como un combatiente de la Guerra Fría que provocó la invasión rusa cuando se negó a hacer ajustes frente a las preocupaciones de Putin relacionadas con la seguridad.

Biden tiene además la mala suerte de estar obligado a lidiar con las secuelas de la pandemia de covid, entre ellas, los aumentos del precio del combustible (algo que sí interesa a la mayoría de los estadounidenses), de la inflación y del crimen en las calles. Estas cosas no son su culpa, pero no tiene alternativa. Por ello, los demócratas podrían fácilmente perder su ajustada mayoría legislativa en las elecciones de noviembre de este año.

Creo, sin embargo, que los problemas de Biden son más profundos. En parte es una cuestión de edad: a los 79 años, es un anciano. Y no solo eso, es un viejo blanco liberal que personifica un mundo que se desploma tan rápidamente que ya casi no existe. Es la golpeada y arrugada cara de la pax americana, la hegemonía estadounidense a veces benévola y a veces perversa de lo que se solía llamar “el mundo libre”. En la seguridad del seno del poder militar estadounidense, los europeos occidentales, al igual que los japoneses y coreanos del sur, disfrutaron una seguridad sin precedentes desde fines de la Segunda Guerra Mundial.

El sol se pone sobre ese mundo liderado por EE. UU., pero no solo porque todo debe llegar a su fin en algún momento. El ascenso de superpotencias rivales es inevitable, al contrario de las afirmaciones triunfalistas occidentales de fines de la Guerra Fría, la historia nunca termina. La relativa caída estadounidense también tiene algo que ver con esta tendencia hacia el orgullo desmedido. Las imprudentes guerras de EE. UU., principalmente en Vietnam y Medio Oriente, terminaron con desastres que perjudicaron en gran medida su posición en el mundo.

De todas formas, los enemigos externos

rara vez son el motivo por el que caen los imperios, incluso aquellos informales como el estadounidense. Es más frecuente que los imperios pierdan impulso.

Las cosas probablemente no se vendrán abajo tan rápidamente en el caso de EE. UU. (sobre todo porque aún es un país muy rico con un ejército formidable), pero cada vez son menos los estadounidenses que sienten la necesidad de mantener la pax americana que, después de todo, es cara. Los republicanos al servicio de Trump ansían la vuelta a la década de 1930, cuando los miembros del Comité America First propugnaban el aislamiento de EE. UU. de los conflictos externos y alegremente hubieran hecho un pacto con Hitler, un líder al que algunos de ellos admiraban de todos modos.

Muchos demócratas jóvenes en la actualidad muestran la misma falta de entusiasmo por el uso del poder estadounidense en el mundo, ya que lo consideran un neoimperialismo nocivo.

Su principal interés reside en la diversidad y la inclusión a nivel nacional, que se expresa en causas como la igualdad de género, los derechos LGBTQ y “Las vidas negras importan”. La vieja guardia de atlantistas, quienes aún creen en un orden mundial liberal a cargo de hombres (y un puñado de mujeres) benévolos, son ahora los últimos mohicanos.

Biden es uno de esos mohicanos. Me alegra que esté a cargo ahora en vez de un miembro del America First o un político centrado completamente en cuestiones sociales internas, pero una vez que haya aportado lo suyo en esta época de crisis, espero que deje el escenario rápidamente y de buena gana. Es hora de que un demócrata más joven, que no sea aislacionista ni cuasiimperialista, intente asumir la presidencia. No es necesario que esa persona sea una mujer, alguien de color o gay, pero tal vez ayude.

Ian Buruma (Holanda, 1951) fue editor de *The New York Review of Books* (2017-2018).